

ENSAYO

EL RETORNO DE LA DIOSA RAZÓN

En este avanzado siglo XXI la grey de los militantes descreídos está compuesta por adalides del racionalismo ideológico y del ateísmo militante. Son racionalistas cuyo celo proselitista en favor del humanismo ateo llama la atención por sus rasgos religiosos.

SALVADOR GINER

El racionalismo vuelve por sus fueros. El anunciado fallecimiento de la razón, víctima de la irracionalidad de la especie humana y la del mundo moderno, no acabó con su terca presencia en la cultura de nuestro tiempo. Cuando se produjo el anuncio del óbito, en las postrimerías del siglo XIX, ya se había iniciado el contraataque por parte de los siempre briosos creyentes en la razón humana, los científicos y sus aliados, los humanistas racionalistas. Éstos eran los herederos, convictos y confesos, de aquéllos ilustrados militantes del siglo anterior, el XVIII, que se habían inventado una diosa, la de la razón, y se habían puesto con presteza a rendirle culto público. A ella y, cómo no, al Ser Supremo.

Éste, siempre inasequible al desaliento, pasados los sustos revolucionarios, y vueltas las aguas a su cauce, pronto volvería también por sus divinos fueros.

Cualquier europeo medianamente culto conoce esta melodramática historia, que le fue contada por vez primera en la escuela. Algunos tienen también nociones bastante fidedignas de doctrinas posteriores al revolucionario invento de la Diosa Razón. Según ellas, la celestial dama había fenecido posteriormente. Eran argumentos que aspiraban a elaborar una explicación convincente de esa divina defunción. Una de las más conocidas es la de Friedrich Nietzsche, que habló de ella con su acostumbrada vehemencia, y la extendió a la de toda la Divinidad. No obstante el primer luctuoso anuncio de un Dios fenecido se debe a un pensador anterior, Artur Schopenhauer, de quien Nietzsche fue tan deudor. Pasarían sólo unos lustros cuando, tanto Darwin como sus seguidores, volvieron a la carga, esta vez armados de argumentos de científico talante. Según ellos a la idea de Dios se había llegado por evolución de la raza humana, mientras que Él mismo, por su parte, no sólo no existía sino que tampoco hacía falta para que funcionara el cosmos. Y encima, sin propósito alguno.

Sorprende comprobar cómo, en pleno siglo XXI, estas viejas disputas y polémicas sufren un vigoroso renacimiento. Hasta tal punto, que el día de hoy presencia la intensa actividad de un conjunto de ateos militantes, racionalistas convencidos, cuyo celo en el empeño llama cierta admiración. Sociológicamente no menos que desde otros puntos de vista, pues sus militantes se han constituido en un verdadero movimiento cultural, merecedor de cierta curiosidad científica: el de los humanistas ateos, para darles el nombre que a sí mismos se asignan, complacidos.

Otrora la autoridad moral de sectas, cultos e iglesias era más potente, incluso en Europa, patria de los descreídos, que la de cualquier creencia atea. Éstas no tenían más remedio, si querían prosperar, que constituirse en movimientos culturales, y hasta políticos. Así lo muestra la historia del liberalismo, la del republicanismo, y claramente, la de la izquierda durante los dos últimos siglos. Hoy en cambio, el

ateísmo y el humanismo se ven a sí mismos como creencias mundanas sensatas y certeras, muy por encima de aquéllas que todavía, contra viento y marea, defienden la existencia de la Divinidad. Nunca les place que se les trate, por parte de los creyentes de toda laya, de materialistas. Esa grosería es inmerecida para ellos, que como buenos amigos fieles de ciencia y razón, ni siquiera osan negar radicalmente el alma humana: ¿Qué otra cosa, si no, es la conciencia?

Con manifiesta ingenuidad algunos habíamos llegado a pensar que la gente, en este asunto de la creencia en el Ser Supremo, podía dividirse entre creyentes y descreídos, sin más matices. Una tercera posibilidad, la de quienes no saben (o como dicen los encuestadores, ni saben, ni contestan, que no son pocos) siempre se abría. Pero hete aquí que cabe otra, por lo menos en este ya avanzado siglo XXI, que viene a enriquecer el panorama: la de la grey de los militantes descreídos. Está compuesta por racionalistas cuyo celo proselitista en favor del humanismo ateo llama la atención por sus rasgos religiosos. Uno creía que el racionalismo manaba de un convencimiento radical en su incompatibilidad con la fe sobrenatural. Por consiguiente no veía en él la posibilidad de que se convirtiera en cruzada. Las cruzadas son siempre algo dogmáticas y por lo tanto enemigas del racionalismo genuino. No vaya a resultar que el racionalismo es irracional.

El celo de los militantes racionalistas y sus aliados laicistas hace al racionalismo sospechoso de ser una fe más. La fe es una virtud teologal de la que presuntamente deberían estar libres los ateos, aunque las otras dos, la esperanza y la caridad, o compasión, no son desdoro alguno para un buen ateo. Ni para ningún buen ciudadano, que yo sepa.

El ateo civilizado, tolerante y liberal posee algún encanto. En cambio, el militante del ateísmo se solía confundir no ha mucho con el anticlerical, o con el secuaz de algún partido de dogmática cerrazón y sospechosa fe materialista. El ateo activo, con su convicción y brío, abruma al pobre agnóstico incapaz de militancia por definición, refu-

giado siempre en su pereza y en la comodidad de la inhibición a diestra y siniestra. Sobre todo a diestra.

Hecha esta salvedad, merece la pena constatar la aparición hoy de una comunidad de activistas del ateísmo cuyo brío y laica fe les ha conducido poco menos que a constituirse en un movimiento cultural. Formalmente tiene poco que envidiar al del anticlericalismo de antaño. Y nada que ver con la barbarie de toda postura ciegamente antirreligiosa que exacerba los ánimos y confunde la civilidad necesaria. Sustancialmente, el neoateísmo sufre de la contradicción de haberse constituido con características de cruzada, militancia y fervor ideológico que son más propias de la fe religiosa que aborrecen. No se me antoja digna de una grey civilizada de ateos convictos y confesos. Si todo esto se asemeja a una contradicción muy seria, es que lo es.

Ahorraré al laico lector –el otro, si existe, ya me habrá confinado a los infiernos del descreimiento imperdonable– la lista de célebres adalides del racionalismo ideológico y del ateísmo militante que en el mundo hoy pululan. Varios de ellos son amigos de la notoriedad y sus concocciones moran en los anaqueles de las librerías y, cómo no, hasta aparecen censados en la inefable Wikipedia. Esta, como la divinidad, es ubicua y está en todas partes, para pesadumbre y desconuelo de aquello a lo que antes llamábamos cultura.

Ahora tanto el agnosticismo, como el ateísmo y el racionalismo se han difundido por doquier y se combinan, cada uno de los tres a su manera, con las diversas actitudes filosóficas predominantes. El lector puede jugar con el arte combinatoria para concluir qué piensan los racionalistas empiristas, los materialistas científicos, los agnósticos racionalistas, y así sucesivamente. Los posmodernos no piensan, de modo que nos los podemos ahorrar en el elenco.

Sin otro afán que el de evitar el bizantinismo me ceñiré a constatar la presencia en el ámbito de las ideas contemporáneas de una corriente de muy explícitos defensores de un humanismo entendido, por ser según ellos, ateo, como liberación del intelecto, merced al ejercicio

laico de la razón. El menos avisado lector verá en ese programa un eco de creencias laicistas y racionalistas propias de dos siglos antes del nuestro y, por lo tanto, nada novedosas. Sin embargo, no se reivindica con ello innovación alguna. Los representantes de esta corriente, de recrudescida intensidad, se declaran herederos fieles de los Ilustrados de antaño. Sin nostalgias hacia un pasado imaginado, pero no del todo falso, piensan que esa herencia es irrenunciable y que sólo se justifica si se adapta sin ambages a la ciencia contemporánea y a sus hallazgos.

Nada sería más fácil que confeccionar una lista de nombres, algunos célebres, de representantes de esa corriente, si no fuera porque estoy seguro de que los aludidos en ella no tardarían en negar su pertenencia a un movimiento coherente y organizado como tal. Llevarían razón, porque no lo hay, intentonas aparte. Algunos de esos ateos gozan de merecida reputación filosófica o científica –Richard Dawkins, Stephen Hawking, Daniel Dennet, Ernest Gellner, Peter Singer, Steven Pinker, E.O. Wilson–, otros la tienen de índole más periodística, en el más noble sentido de la palabra –Christopher Hitchens, Sam Harris– y unos terceros –André Comte Sponville, Laurence Krauss, John Gray– han alcanzado notoriedad a través de las habilidades de su militancia. Uno de ellos ha compuesto todo un *Tratado de ateología*. Su común pertenencia al laicismo y al humanismo permite, como hago ahora, entenderlos como una corriente crucial dentro de la cultura civil de nuestros días, siempre que no asumamos que todos piensan igual frente a otros modos de concebir la trascendencia y la fe. Así, un ateo tan militante como es John Gray, es respetuoso con la religión y la mística, aunque tibio o escéptico ante la capacidad de la ciencia empírica por alcanzar verdades últimas. Varios de los otros autores a duras penas ocultan su ligamen con la vieja tradición del ateismo positivista. En ciertos casos, bien conocidos en España, esa corriente enlaza con el más trasnochado de los anticlericalismos.

A despecho de su ocasional ingenio y agilidad literaria nadie sabría confundir alguna de las obras del gremio activista ateo con una posible

Summa atheologica digna de nuestro tiempo, a la altura de los conocimientos científicos hoy disponibles. Nadie es ya capaz de componer lo que sería el envés de aquella solemne e inmortal *Summa* que compilara el gran filósofo Tomás de Aquino, santo sin la menor duda salvo para el más acérrimo y dogmático ateo. No sigo con más nombres, que con facilidad doblarían su número, e incluiría a algún compatriota mío, algún español de enjundia, y que cualquier lector atento al pensamiento de nuestros días sabría enriquecer. Desde los inicios del llamado racionalismo crítico propuesto en su día por Karl Popper antes de la II Guerra mundial y aún más anteriormente por Bertrand Russell hasta hoy, las filas de los aguerridos defensores del racionalismo no cesan de engrosarse. Superada la pobreza del agnosticismo, éste se adhiere a algo que no permite llamarse otra cosa que la de un naturalismo racionalista. Es sin duda más cercano al panteísmo que al teísmo. Son huestes que no hacen más que crecer.

Ello no entraña que tengan que seguir haciéndolo para siempre. Las cifras fehacientes que poseemos del número de ciudadanos que en Italia, Francia, España, Escandinavia, Europa en general, y en muchos otros lugares, sin excluir la muy religiosa y practicante ciudadanía yanqui, se declara abiertamente ateos son elevadísimas. Se cuentan, sencillamente, por millones. La más elemental precaución obliga a no tomárselas al pie de la letra. Para empezar, cuanto menor es el temor a hablar francamente, merced a la consolidación de la democracia política, el pluralismo cultural y la tolerancia ambiental en un determinado país, mayor suele ser el número de quienes no son creyentes en la Divinidad. El miedo no sólo guarda la viña, sino que además cierra los labios del ciudadano timorato. O mentalmente perezoso.

La prosperidad del ateísmo no debería depender de los vaivenes u oscilaciones de la opinión pública. Tanto la de esa creencia, como la de la fe, su contraria, debería ser función de una cultura humanista y racional suficientemente extendida entre la ciudadanía. Ningún creyente negará la obviedad de que jamás los ateos, fuera de algún fanático digno del mayor olvido, han demostrado ser menos compasivos, altruistas, generosos, decentes y amigos del progreso que los creyentes.

Más bien ha sido mayor, proporcionalmente, el número de los fanáticos de la fe, los que han impuesto el terror, la inquisición, las tinieblas y el sufrimiento entre los inocentes. No es menester que recuerde aquí a las víctimas, tan recientes en todo el mundo, tan bárbaramente inminentes mañana mismo en cualquier lugar, de quienes han perecido en nombre de algún dios despiadado, de alguna fe inmisericorde. Nadie podrá olvidar, desde el espanto y desolación de Atocha hasta hoy mismo lo que las certidumbres de la barbarie de los creyentes inspiran contra la gente inocente. Los humanistas y los racionalistas, sin estar libres de culpa, raramente se hallan entre los enemigos de la vida humana. ☹

SALVADOR GINER, CATEDRÁTICO EMÉRITO EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA. AUTOR, ENTRE OTROS TÍTULOS, DE *EL PORVENIR DE LA RELIGIÓN* Y UNA *HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIAL*.